

Un Pulitzer a la pasividad

Steven Didier Herrera Najera

Un Pulitzer a la pasividad:

Recuerdo que la última vez que redacté un cuento, un verdadero y sacro cuento, no amaba a nadie, ni me pasaba por la cabeza amar o ser amado. Mi posición era neutra, fría y sin sentido. Porque claramente es un sinsentido ir por la vida como que no nos importa nada, ignorando y atacando a cualquier aspirante a trovador, a salesiano, a bombero o incluso, a pintor de brocha gorda. Ciertamente fui insensato y estoy seguro de que por esa razón mis cuentos ya no fluyeron. Se necesita de inspiración, de pasión y de un involucramiento directo y voluntario, cómplice de aventura, consolador de tiempos innatos. Es evidente que nadie está construido de pensamientos propios, pues muchos de nosotros, por ejemplo, estamos hechos de historias colectivas, de conocimientos generales, de huérfanas normas y conductas sociales. No quiero complicarlo todo, es tan solo que no puedo sino imaginar la gran disparidad entre lo que es y lo que debe ser (o que será). En ese mismo sentido, fui realmente un idiota y me arrepiento. De no haberlo sido seguramente no estaría escribiendo esto, sino la secuela de lo que prometía ser la mejor obra que nadie jamás hubiese redactado en la vida. Quizá exagero (seguramente lo hago), pero estoy consciente que desperdiicé gran potencial. En las olimpiadas los relevos son normados y estratégicos, pero en la literatura los relevos son nocivos y tan silenciosos como los asesinos seductores y despreocupados. Detesto pues, detenerme por grandes períodos de tiempo. Las ideas se gestan, y comparto el principio de darles aire y una que otra palmadita para que se despabilen, pero estoy totalmente en contra de ponerlas a hibernar, como a un castor o a un oso polar. No, no y no; me niego con vehemencia. Ya se me han muerto varias por darles su espacio. Es por eso que escribo este memo, un memo que aspira a convertirse en la metamorfosis de lo que alguna vez soñé escribir, que aspiro poder llegar a escribir. ¡Que se haga semilla y que germine por sobre la bota de quien ose pisarla!

Como les decía, la primera vez que escribí algo tan bello como la misma mirada perdida de una nereida, era yo aún muy joven: no tenía pareja, ni suspiraba mientras escribía. A duras penas olfateaba la adolescencia y formaba parte de un grupo de escritura creativa el cual se reunía todos los días, cerca de una llana pradera, a charlar acerca de fantasías, angustias y añoranzas. Producto de una serie de múltiples cuentos de terror que me dediqué a hacer en los primeros años en que parí prosa, mis compañeros me intentaron apodar “tragedia”, pero por más que insistieron siempre los detuve, les manifesté con rudeza mi descontento. Era y soy, todavía, el mayor de todos ellos: cuarenta años y con mi carácter me enorgullezco de tenerlos domados. Comencé a estudiar Letras a la edad de veinte años y cursé la cruel etapa con dolor. Aprendí de todo: desde afilar el grafito hasta lanzar mis escritos a la basura. Posteriormente, al graduarme (aunque no sé bien cómo lo logré ya que mis calificaciones eran preocupantes), publiqué un libro llamado: “Látigos de fuego a los becerros lobeznos”, el cual me hizo meditar acerca de mi carrera como escritor. Fue rechazado en varias editoriales pese a que mi asesor lo aceptó con profundo asombro, y para terminar el festín, incluso el público receptor se interesó más en los mismos libros que siguen empolvando las estanterías de todo el mundo (pasando por mi alcoba hasta llegar a la de mis lectores), que en la originalidad y elegancia de mi impetuoso frenesí. Cuando viaje a Sudamérica intentando huir de la

monotonía sideral de las megaciudades, conocí y me vi seducido por una bella chica de ojos color avellana distante, (y de la cual, creí estar enamorado). Todo sucedió de prisa, en una exposición de arte contemporáneo; la abordé con la intención de maravillarla, haciendo un esfuerzo sobrehumano al intentar buscar de entre los recuerdos algún poema que me llevara al éxito. Pero en vano; ni Neruda, ni Benedetti, ni García Lorca, ni Mistral, ni el mismísimo Asunción Silva fueron suficiente para seducir a la chica, pues no amaba las letras, sino el óleo y las acuarelas. En fin, pese a todo pronóstico me casé con ella y tuve hijos. Regresé a mi tierra natal, Guatemala, y con coraje renuncié a la prosa. Me interesé más y más por la poesía, y por la misma necesidad de verme casado y con hijos comencé a declamar, pero no precisamente poesía sobria, pura y letal, sino una poesía maleva, industrial y sin alma, sin esencia y sin decencia. Pero es lo que hago y lo que le da de comer a mis hijos, a mi esposa y a mí. Es todo un bochorno, un escarnio tener que escribir para vender y no escribir para gozar. Y sé que no debería confesarlo de esta manera, pues no deseo asustarlos, aunque me cuesta reconocer que no soy lo que fui ni lo que tengo pensado ser. Soy un constructo de pensamientos históricos, situacionales y despreocupados, que se contenta con tener lo del gasto, a pesar de que el papel y la tinta ruegan por ser quemados (más bien devorados por las llamas de un incendio purificador/ignominioso). El punto es que mi escritura de empresa es una basura; que mi vida se está yendo a la basura; que mi mujer me trata como una basura, y que el tiempo que yo paso a solas resulta una banal abominación. Lautaro, mi hijo, no sonríe más desde que se enteró de la propuesta de divorcio. Tampoco Valeria, que vio cómo su padre agarró sus cosas y se marchó de la casa. “Voy al mar”, le mentí la última vez que la vi y me vio. Le prometí que le traería una bella golondrina, de plumaje terso. Pobre mujercita, he tardado mucho, sino es que demasiado, en ese mar falaz y fanfarrón. Pese a todo lo vivido, ya no quieren saber nada de mí y eso no hace sino provocarme una congoja inefable, indescriptible. Consumado el divorcio me incliné por abandonar la religión, me sumí en el alcoholismo deportivo y financié noches de farra afrodisiaca. Me gasté tres meses de manutención en una semana y sufrí el asedio brutal del temporal de la horripilante sobriedad.

Días antes de sentarme a escribir este memorial, un camión arrolló mi auto hasta reducirlo a escombros. Hice todo lo que pude por recuperar lo poco que quedaba de él y, lastimosamente, no salí favorecido. Como consecuencia de mi pasividad, he comenzado a utilizar el transporte público al igual que todos los mortales. He sido asaltado tres veces ya en lo que va de la última semana y no he aprendido a saludar sin espantarme. Al menos me queda la pluma que no se seca; la libreta de memorias que no olvida, y la musa que espanta al conocerla pero que nunca decepciona ni humilla ¡Ah, el porvenir! ¡No hay nada que me deprima ahora, ni cuando se me acaben las líneas! Incluso tras la muerte, se siguen tarareando las rimas.

Terminado el 20 de agosto de 2017